

GREGORIO MARAÑÓN

Escribe: A. R. G.

El mundo occidental, pero en forma particular España, ha perdido, con la muerte del doctor Gregorio Marañón, una de las figuras cimeras de la cultura humana.

Desaparecidos Eugenio D'Ors y Ortega y Gasset, la inteligencia española, en lo que tiene de más hondo y desinteresado, quedó en mucho desguarnecida. Porque no obstante contar España con algunos nuevos valores en las ramas del saber y del arte, lo cierto es que todo su pensamiento moderno se nutre de la Generación del 98 y de algunos pocos epígonos. Marañón fue un humanista vivo en lo que la cultura, el saber humanos, tienen de raíz en el corazón de los hombres. Pensador y prosista esbelto, de su pluma fluyeron inagotables páginas donde se adivina una vibrante curiosidad mental, la seducción por temas y esencias que se hallan actantes en la hora presente del mundo. No le fue extraño ninguno de los Continentes del pensamiento. Lo atestiguan sus libros, sus meditaciones casi ascéticas, la fuerza toral de su quehacer como habitante del mundo. Sus estudios de Endocrinología, sus investigaciones del mundo enigmático de los sexos, se emparejan con su inquirir por la vida del hombre como acción y reacción frente a determinado tiempo y paisaje espirituales.

Libros como "Amiel", como su "Antonio Pérez", su "Tiberio", "Historia de un Resentimiento", su alucinante estudio de Toledo, la desposada con el viento y la nostalgia con su Greco alongado al fondo, esclarecen su obrar, su robusto discurso y la belleza formal de que sabía revestir sus páginas. Como un lento aire de pureza flota tranquilo y esfuminado por sus ensayos. Usó la imagen con sobriedad y muchas veces empleaba el lenguaje en forma directa, pero enriqueciéndolo con sus conceptos que sabía diluir con morosa delectación, así como el viento repuja y macera las aguas profundas de un pozo.

Marañón representó sin lugar a duda un hito en el pensamiento occidental. Mientras otros escritores se cierran en torno de un tema determinado, él sabía abrir ventanas a todas las lejanas colinas donde la inteligencia con sus luces arde lenta en fuego de creación. Sus criaturas literarias, biológicas e históricas, nos acompañan mucho tiempo después de que hemos cerrado esa especie de jardín encantado, de clave y signo espirituales, en que las detiene la meditación del Maestro. Por eso mismo fue latino

hasta la médula, polifacético, ensayista, movilizador de ideas. Su inteligencia no conoció el enteco mundo de una especialización que es la total deshumanización del hombre y su circunstancia, como diría Ortega. Por eso fue el adoctrinador, el sembrador mejor dicho. Su cosecha está, honda, en sus trojes castellanos y su conocimiento es una sabiduría dorada como la piel de las frutas. Estilo el suyo cenceño, vibrante como un escudo golpeado. Fino metal de eternidad. Gregorio Marañón, luchador de la Libertad humana, descende al fondo de la tierra, entre el unánime respeto de las gentes que aman el espíritu por encima de las cosas precarias del mundo.